

PREFIERO que me llamen proyectista antes que diseñador, por el sarrampión del diseño.»

Oscar Tusquets habla de sí mismo mientras observa en su despacho las proporciones de uno de sus nuevos proyectos: las bodegas para un nuevo cava en Sant Sadurni d'Anoia.

—No creo que haya que indignarse por la moda del diseño. El ¿estudias o diseñas? sólo sirve como chiste, pero pasará. Lo importante es que un señor venga a pedirme que le construya unas cavas porque ha visto la silla Gaulino. No sólo se preocupa por las viñas, por la elaboración, sino también por la etiqueta, por la forma de la botella... Esto no ocurría desde Puig i Cadafalch.

Premio Nacional de Diseño Industrial 1988, Tusquets ha aceptado el galardón como algo natural, una consecuencia de sus

OSCAR

treinta años de trabajo. Arquitecto, diseñador y pintor fundó el Studio Per junto con Lluís Clotet, Cristián Cirici y Pep Bonet en 1964. Desde 1983 trabaja en solitario.

—Es difícil explicar lo que intento cuando hago un trabajo. Por supuesto, siempre pretendes conseguir una obra de arte, pero el arte, cuando se trabaja en cierto dominio, tiene que respetar unas reglas de juego. El uso de un objeto está dentro de la misma esencia de su razón de ser.

—¿Por eso cuida su trabajo hasta el mínimo detalle?

—El placer de una tetera, por ejemplo, no se basa únicamente en su observación visual, sino tocándola, sopesándola, sirviendo con ella... La distinción entre forma y función, utilidad y estética no tienen sentido.

—Sin embargo, vivimos en la época de la imagen.

—Hablamos de ella como una referencia visual, éste es un error en el que caemos por la tremenda difusión gráfica que vivimos. Ahora, el prestigio de los arquitectos se construye en las revistas, olvidando los valores que no

quedan impresos como la luz o el tacto. Soy tan ingenuo que estas cosas me siguen escandalizando.

—¿Siempre ha querido ser arquitecto?

—No. Lo que me hubiera gustado ser es cantante de rock. Pero no he tenido música en mi vida. Envidiaba a hombres como Joe Cocker o Hendrix y la capacidad de creación que tenían. No me gusta la música, pero admiro el rock. Yo he vivido su época dorada y su obra perdura. Un artista que no quiere que permanezca su obra, está trabajando en un dominio que no le pertenece.

EL SUEÑO DE LO INMORTAL. —¿Quizá por eso selecciona meticulosamente las materias de su trabajo?

—Es básico, tanto en arquitectura como en diseño. Me gusta trabajar materiales que tienen un envejecimiento digno, por eso empleo poco el plástico. No me gusta que mis creaciones mueran con deshonor. Mi valor no estriba solamente en el precio, sino en su utilización. Un cañizo en la playa me parece una arquitectura lujosa porque al placer térmico, se añade el visual. Es fantástico.

—Algo de inmortalidad también debe de haber.

—Con lo cara que está la arquitectura me parecía un despilfarro que sólo durara unos años.

Me gustaría que mis teteras se guardaran en herencia, como yo guardo las cosas que más aprecio. Pero no lo digo por una cuestión de permanencia. Mi mujer es cocinera y su trabajo dura desde que nace la idea hasta que es consumida. Su obra desaparece en inco minutos. Me parece tan importante su esfuerzo como el mío.

—¿Dalí ha sido la primera persona que ha influido en usted?

—No, primero fue mi madre. Ella me animó a dibujar y a crear mi primer diseño, el carrito Versátil. Con Dalí hay un influjo de adulto totalmente reconocido. Lo conozco desde hace quince años. Ahora, cuando está cerca de la muerte es difícil decirlo, pero siempre me ha gustado como pinta, sus ganas de divertirse, su manera de afrontar las cosas de la forma más creativa posible...

—¿Y Gaudí?

—Es tan bueno, un genio tan indiscutible que tiene que influenciar a la fuerza. De pequeño pasaba cada día por La Pedrera al ir a la escuela. Me daba miedo, lo encontraba un edificio rarísimo. Había dos cacañas en el principal que hablaban con los transeúntes. Me parecían dos animales metidos en una cueva misteriosa. Desde entonces ha estado siempre presente.

—¿Qué es lo que más le gusta de él?

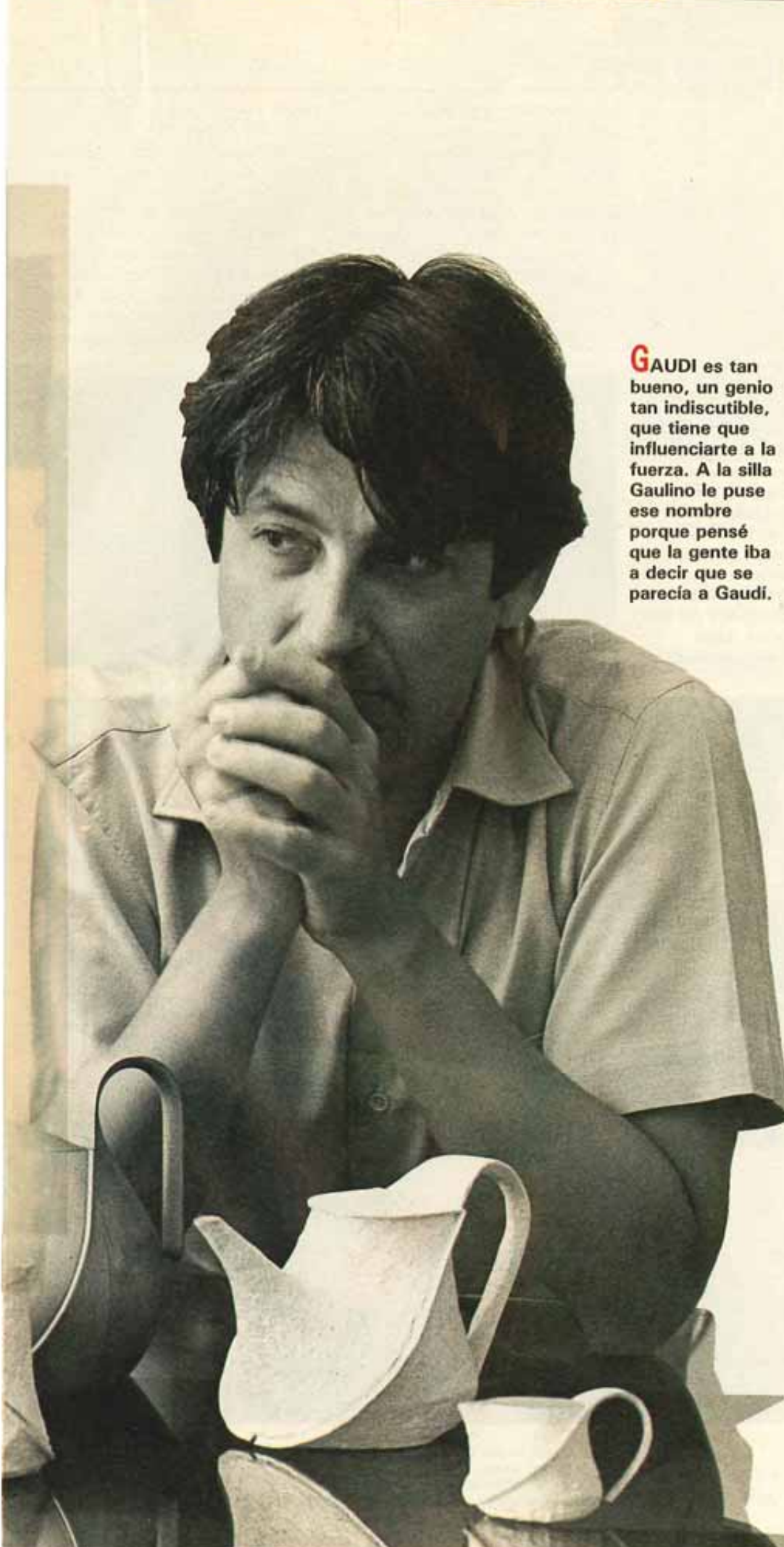
TUSQUETS

Me hubiera gustado ser cantante de rock

Arquitecto, diseñador y pintor barcelonés, acaba de ganar, a sus cuarenta y seis años, el Premio Nacional de Diseño Industrial 1988. El galardón viene a culminar treinta años de un trabajo que ha traspasado las fronteras españolas. Sus obras son una perfecta conjugación de la utilidad y la estética, de la forma y la función. Tusquets está a punto de finalizar una de sus creaciones más importantes, el Palau de la Música de Barcelona, una obra que ha supuesto seis años de desgaste para un arquitecto que quiso ser cantante de rock.

Por: SUSAS DASCA

Fotos: LLUIS CASALS



GAUDI es tan bueno, un genio tan indiscutible, que tiene que influenciarte a la fuerza. A la silla Gaulino le puse ese nombre porque pensé que la gente iba a decir que se parecía a Gaudí.

—Como arquitecto siempre me ha deslumbrado, pero puedes coger pocas cosas. Es tan bueno y tan loco a la vez, que lo que te enseña es hasta qué punto puede llegar la arquitectura, pero nunca entenderás todas sus soluciones.

—La silla Gaulino, ¿fue un homenaje?

—Cuando la estaba haciendo, teniendo en cuenta que era la primera vez que utilizaba la madera de forma industrial, pensé: «Van a decir que esto se parece a Gaudí y a los años cincuenta, así que será mejor que lo digamos para que sepan que estamos enterados», por eso le puse este nombre.

LA «GAUCHE DIVINE».—La «gauche divine» fue una etapa importante en su vida.

—Yo me divertí. Cada cosa tiene su edad. La gente muy joven jugando a mayor me pone nervioso. Eramos jóvenes y actuábamos como tales. No soy sociólogo, pero me parece que fue un momento especial. En la Universidad, por ejemplo, hay cursos que catalizan y se agrupan. A nivel ciudadano ocurre lo mismo. Cuando se habló tan mal de la movida madrileña yo no estaba de acuerdo. Siempre hay gente de relleno, sólo faltaría, pero han salido Almodóvar, Ouka-Lele, Sybilla... En aquellos años pasó lo mismo en Barcelona.

—Al margen de la frivolidad, debían de tener sus inquietudes, sus discusiones...

—Por supuesto. Había una parte muy seria, teníamos una cierta ambición. Cosa que ahora noto a faltar en la gente joven en general. Teníamos la intención de llegar al no va a más. Hay gente que viene a trabajar conmigo que necesita el impulso de comerse el mundo, luego ya vendrán las rebajas.

—De aquellos años le viene su fama de provocador.

—Puede, pero no es lo mismo a los veintinueve años que a los cuarenta y seis. Es necesario mantener cierta tensión intelectual, pero tiene que salir el paso del tiempo. No puedes pintar a los ochenta años como si tuvieras veinticinco. La historia de la vanguardia y la modernidad ha creado la imagen de que un señor siempre tiene que estar jo-▷

ven. No me gusta esta idea, es falsa.

—A pesar de sus vivencias progres, usted siempre ha criticado a los comunistas.

—Me parece pintoresco que alguien pueda admirarles. No me interesa ninguna ideología que no haya sido refrendada en la práctica. Si una cosa tiene Leonardo da Vinci es que sus textos reflejan un momento apasionante del conocimiento humano: Continuar manteniendo algo que no puede ser explicado, no me gusta nada. He visto Checoslovaquia, Berlín y Cuba y después de esto, me parece que mantener la esencia de un posible comunismo diferente, entra dentro de un terreno en el que no me muevo.

—¿Es un hombre de poca fe?

—En construcción sólo es posible lo que se aguanta. Podría ser de otra forma, es posible. Pero yo soy un creador y tengo que estar continuamente trabajando, haciendo cosas, tomando decisiones. En un partido siempre existe cierta disciplina. Esto de que el fin justifica los medios me parece nefasto. De todas formas, no me gusta que se me utilice para hablar de política.

—En el monográfico que le ha dedicado la revista «Ardi», el último apartado está dedicado a sus fracasos. ¿Lo ha hecho por modestia?

—Lo he hecho porque soy humano. Cuando se habla de artistas, da la sensación como si todo su trabajo lo hubieran realizado de una forma muy fácil, sin obstáculos. Yo nunca he trabajado así, soy muy sucio, lo mancho todo. Los momentos felices son tan raros que procuro recordarlos. Siempre se está tropezando, es la forma más humana de crear.

—¿A qué se han debido sus reveses?

—No se pueden achacar a una sola cosa. Hay algunos casos por falta de diálogo, por exceso de confianza, por tener una idea equivocada... No se puede tener una biografía lineal y exitosa. La vida no es así. El ochenta por ciento de las cosas ha habido que sufrirlas y esto también hay que contarlo.

LA AVENTURA EXTRANJERA.—Usted es una de las pocas personas que se atreve a decir que Nueva York le ha decepcionado.

—Cuando oigo a alguien hablando de América empieza a ponerme nervioso. He enseñado y vivido algún tiempo allí. Pero no quise seguir, no tengo proyección pedagógica como Moneo. Ahora bien, si me encargan un rascacielos, estoy dispuesto a

matar cucarachas cada semana a que me roben y a comer hamburguesas. Pero no me apasiona la idea de trabajar fuera de mi país.

—Esto siempre de prestigio.

—Sí, pero es poco práctico. Es más difícil para mí hacer algo bueno en Tokio que en Barcelona. Es evidente. A igualdad de precio y cliente existe un desconocimiento por las leyes que ri-

El Palau de la Música ha resultado un proyecto muy difícil. Creo que con esto he pagado mi impuesto patriótico y mi amor a la arquitectura. Me ha supuesto un desgaste de seis años, pero estoy contento.



Arriba, la silla Gaulino, un homenaje a Gaudí. Abajo, interior del Palau de la Música de Barcelona.

OSCAR TUSQUETS

Si me encargan un rascacielos en Nueva York estoy dispuesto a matar cucarachas cada semana, a que me roben y a comer hamburguesas. Pero no me apasiona la idea de trabajar fuera de mi país.

gen que complica el trabajo. Este trasvase que existe ahora mismo de arquitectos japoneses que construyen en América y americanos que construyen en Europa no lo entiendo. Estoy de acuerdo con el toque de atención que acaban de lanzar los italianos a este respecto.

—¿Y los tres restaurantes que está haciendo en la Villette?

—Estoy diciendo todo esto y es verdad que estoy trabajando en París. Lo primero que he hecho es pedir la colaboración de un arquitecto francés. Yo no critico a los arquitectos, pero debe pensarse el trabajo que se les encarga.

—En Barcelona se están haciendo algunos proyectos de arquitectos extranjeros.

—Vivimos en una ciudad pionera en este sentido. Estamos en un momento excitante, positivo. Hay una preocupación porque todo salga bien, para empezar me parece importante. Cuando pasen unos cuantos años podremos empezar a juzgar los errores que se hayan podido cometer.

—Está terminando una de sus obras más importantes: la ampliación del Palau de la Música.

—Ha resultado un proyecto muy difícil. El Palau tiene cosas muy buenas y por tanto, el diálogo tiene mucho más valor porque tiene una función determinada desde que nació. Se está poniendo de moda que transformemos una prisión en museo o una estación en centro cultural. Hay que saber para qué van a servir los edificios, quién los usará, que diálogos se mantendrán... Ha sido una experiencia larga y delicada. Creo que con esto he pagado mi impuesto patriótico y mi amor a la arquitectura. Me ha supuesto un desgaste de seis años, pero estoy contento.

—Después de treinta años trabajando, ¿ahora puede escoger sus proyectos?

—Evidentemente, ahora me llegan propuestas más atractivas, tienen más confianza en mí, incluso puedo permitirme ideas más locas. En las épocas malas me dedicaba a diseñar o pintar, pero siempre he querido conservar la libertad y no prohibirme hacer cosas como una casita pequeña que estoy realizando en Menorca. Mi única intención es seguir haciendo un trabajo muy personal.